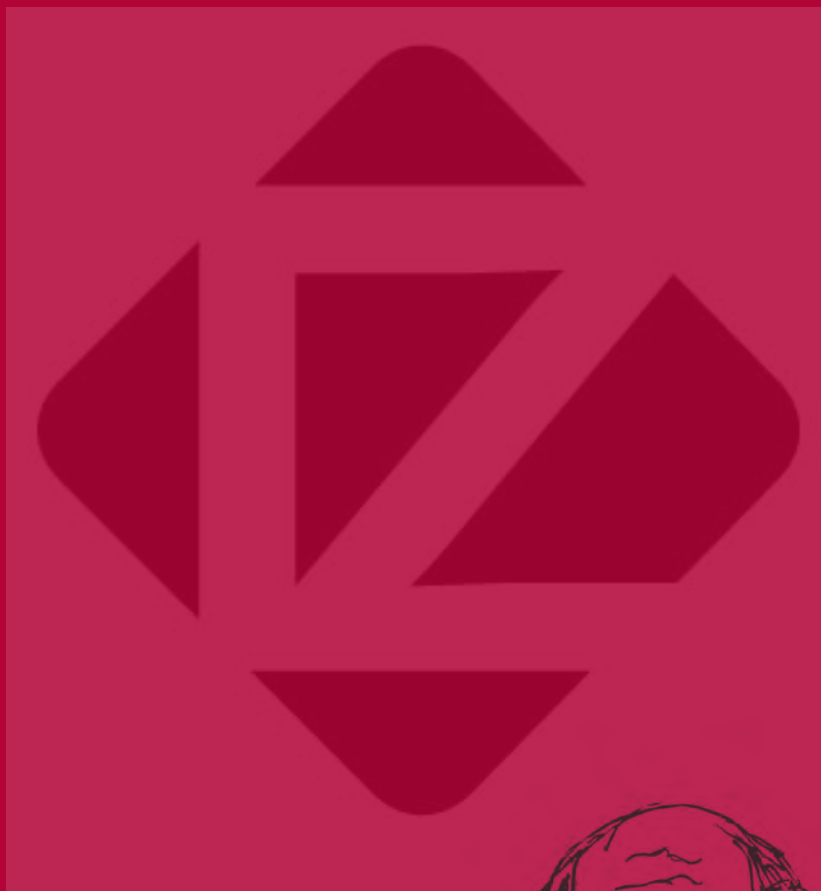


Matías Serra Bradford

**EL SECRETO
ENTRE LOS RUSOS**

INTERZONA



**EL SECRETO
ENTRE LOS RUSOS**



INTERZONA

Serra Bradford, Matías

El secreto entre los rusos / Matías Serra Bradford. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2016.

96 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-45-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

© Matías Serra Bradford, 2016

© interZona editora, 2016

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Composición de tapa: Victoria Villalba

Foto de tapa: Shutterstock

Corrección: Mercedes Alonso

ISBN 978-987-3874-45-1

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Matías Serra Bradford

**EL SECRETO
ENTRE LOS RUSOS**



INTERZONA



Desapareció el lector de un escritor, acaso el único que quedaba, y desapareció una obra. Con la partida de S. se borraron los libros de un autor inexorablemente, igual a una voz con la muerte del último descendiente que la había memorizado.

El recuerdo que S. tenía de ese escritor era el de una voz en la oscuridad de un cuarto, grabada; una circunstancia que después dificultó la posibilidad de disociar voz y obra.

Una de las inclinaciones de S. era la relectura de escritores que lo habían cautivado de joven. Su casa tenía dos alas: el ambiente de la biblioteca, rebasada y caótica, y el resto de la casa, despojada, clínica, casi oriental. Solo de ese modo le era posible vivir allí (vivir a secas).

A pesar de las transformaciones graduales o abruptas, según las épocas, se negaba a ver como idiota a aquel que en tiempos inaugurales había leído por primera vez a ese autor y a ese otro. Había sido uno de los juramentos no formulados de su vida serle fiel hasta el último día al que había sido en sus primeros años de lectura. Ninguna otra imagen de él llegaba tan alto ante sí mismo.

Les impresionaba a conocidos y desconocidos verlo a S. leer de tan cerca (como si en esa distancia casi inexistente residiera su secreto). A algunos de sus allegados lo que más les interesaba de él eran sus dibujos –de personajes, autores, vecinos de mesa de café– en los márgenes de páginas impresas, en páginas de cortesía, y en sus libretas de lector.

Los días nublados, cubiertos, salía a leer libros de arquitectura de ciudades lejanas.

El viaje de S. era el de una suerte de éxodo en busca de un gusto propio, puntuado por la formidable tentación del autoengaño (en los gustos forzados). No ignoraba que algo terrible que puede pasarle a una persona es desconocerse como lector –que lo gane la ansiedad por impresionar, por estar al día–, y algo asombroso a la vez, porque la lectura podía ser para él una manera de negarse, desdoblarse, reconocerse en lo inaudito. Estaba convencido de lo poco que uno conoce –lo mal que conoce– las lecturas que lo favorecen.

Leía a ese novelista de su juventud como si relejera un texto propio, de aquellos tiempos. Se preguntaba si un conocimiento más profundo de un escritor sólo es posible gracias a que se lo ha valorado en un momento pasado. La decepción posterior le resultaba similar a haberse enterado de algo atroz, personal, acerca del otro. S. supo de primera mano que la decepción en la relectura provoca un sismo; en su caso produjo un desfase con el lector que fue y a quien creyó que le había sido fiel desde entonces. S. no ignoraba

que el desajuste admite y alienta la incorporación de una y mil lecturas, pero a un lector se le vuelve difícil tolerar que esas incorporaciones provoquen cambios que afecten –falseen– las otras lecturas. Estos vaivenes habían dado pie a un pequeño descubrimiento que hizo para sí: con cada escritor se es un lector distinto; un lector dado a jugar consigo mismo en el curso del tiempo.

En general ocultaba lo que leía como si el secreto tuviera un valor (una consecuencia económica favorable para otro), o leñera material prohibido en un país totalitario.

Uno de los sueños confesados de S.: el mundo entero rezaba para que no muriera uno de los personajes más crueles de Dickens.

Al leer a ciertos escritores, S. tenía la impresión de que lo que escribieron originalmente había sido borrado de la página impresa, editado, reemplazado. Pero él, su lector, *lo sabía*.

Se encontraba con ese amigo lector porque después de cada cita sentía transformada su visión de los libros y volvía a leer de otro modo, justamente porque el otro no cambiaba. Aquel amigo seguía pensando las mismas cosas de los mismos escritores, ensayando los mismos alejamientos y aproximaciones con respecto a ellos, y su intransigencia conseguía que S. continuara integrando otros a su repertorio, para desplazarse de nuevo de sí mismo. ¿Uno de sus juegos

favoritos no consistía en hacer de cuenta que nadie leía a uno de sus escritores, que se había vuelto un completo desconocido?

A S. le agradaba quedarse dormido mientras leía; se producían extrañísimos cortocircuitos entre las palabras que acababa de leer y otras que parecían desenterradas o adivinadas y que lo hacían imaginar cosas que su vigilia era incapaz de articular.

No hablaba de lo que leía, pero no por timidez o esnobismo; para él la lectura pertenecía, como la vida sentimental, a la esfera privada. Nunca hablaba de lo que leía porque le parecía que enseguida sobrevendría un equívoco, una sospecha, la incompreensión más férrea. Por esa razón había habido un antes y un después el día que, por primera vez, tuvo que explicar qué clase de lector era, o creía que era. La renuncia de un lector a la vida en solitario. Emboscado, salió a contarles a otros las impresiones de una relectura; salió a traicionar a ese autor. A contar lo que había *visto*, como si regresara de un viaje a una isla remota.

A veces, ante un índice onomástico particularmente interesante por el repertorio de nombres y pistas, S. empezaba a cantar en voz baja.

Llegó finalmente el día en que S. cayó en la cuenta de que el escritor ya no podría cambiar, que lo escrito, escrito estaba, y no había vuelta atrás, que el que sí puede corregirse

indefinidamente es el lector, seguro de que si el escritor se relejera modificaría más de una cosa en ese cuento o aquella novela, pero estaría muerto como quien sueña, con los ojos ciegos mirando una mano inerte, incapaz de moverse hacia la página que flota tan cerca.

No ignoraba que con un libro desproporcionado en el bolsillo del saco en su ciudad se lo podría considerar un desalineado, y más: una criatura poco confiable para un trabajo –un puesto– convencional. Y más: un loco.

Lo seducía el privilegio alucinado de ser uno de los primeros lectores de tal o cual obra, pero S. prefería llegar tarde a cualquier escritor, sobre todo si había tenido cierto reconocimiento.

Mantén en su interior conversaciones lentas, espaciadas, enmarcadas y encapsuladas cada una por su lado, con diversos libros que ya había leído o estaba leyendo, una serie de partidas simultáneas, contiguas, cada una única y en su cuarta dimensión.

Sin un libro en la mano, no tenía noción de lo que es el tiempo, y la relectura era otra manera de medir su paso. En ese sentido era una experiencia *del* tiempo y *en* el tiempo, extremadamente singular, con develamientos de una clase que no podrían encontrarse en otro sitio. Cada relectura de S. medía no tanto la capacidad de supervivencia de la obra de

aquel escritor sino la cualidad del lector; por lo general, ante los ojos del propio lector, ascendente. Estaba convencido de que el tema de la literatura no es solo el tiempo. Es la lectura y el tiempo, los lectores en el curso del tiempo.

S. quería saber quién era realmente el escritor que había reunido en su telaraña a personas tan secretas –poetas sepultados bajo cuatro napas de olvido–, tan distantes una de otra. Ante sus ojos, los corresponsales de ese escritor le añadieron un aura, un prestigio adicional a su obra. Leía ciertas biografías no tanto por la vida de los autores retratados sino por la aparición de amistades de ese autor, escritores menos renombrados, pero que sí le interesaban y no tenían biografía propia. S. deseaba averiguar, además, cómo habían llegado a entablar amistad seres tan distintos. De algunos escritores lo que S. estudiaba era, precisamente, cómo había sido como lector; igual que si no hubiera escrito nada, como si lo que hubiera estado por escribir siguiera esperándolo en un momento futuro. Lo que cautivaba a S. era qué leían los escritores, quizá más que lo que escribían. Hacía de cuenta que un escritor sólo se dedicó a leer. Juzgaba a los escritores por los escritores que habían descubierto (dado a conocer). Rastreaba el extraño destino de lectores que fueron hijos pródigos: el que ha escrito y regresa a la lectura rogando misericordia.

Si no estaba seguro de haber hojeado la biografía de un filósofo cuando la compró en un invierno septentrional, al menos había intuido que sería una lectura determinante, aunque no estuviera preparado para leerla (se alejaba, así, por más tiempo,

de una lectura posiblemente errónea), y el libro de alguna manera, entonces, ya había comenzado desde un primer momento a trabajar en él de un modo subterráneo, así fuera solo por la cubierta, la contratapa, el índice y las fotografías del interior.

Una de sus fantasías más frecuentes consistía en llegar a leer una biografía –una vida entera– en una noche.

Cuando una biblioteca pública revisa material donado, repete S., se da una instancia que se llama “identificación de posibles patologías de los libros”.

Leía varios libros que iban en una dirección, y después otros que viajaban en otra; parecía estar armando series matemáticas en las secuencias que creaba casi sin querer. Una de las convicciones de S., dicha al pasar en una oportunidad: los lectores de malos libros también peregrinan.

A menudo dejaba librado al azar de las circunstancias la posibilidad de hacerse de un ejemplar, como si el destino escrito de su interés o indiferencia ante un libro lo determinara un desconocido. No era la única parte de su vida en la que el oráculo lo poseía un anónimo, perfectamente ignorante, perfectamente imparcial.

S. sostenía que hay algo cómico en la frase –en apariencia elogiosa– que describe a alguien como “una persona que ha

leído mucho”; generalmente viene seguida de una velada acusación de inutilidad, de dandismo frígido. Y estaba seguro de otra cosa: un lector nunca cree que otro lector lea tanto como dice.

Sabía que frente a un libro en una librería se está ante un solo libro; la biblioteca abarrotada y desbordada de la casa queda en el olvido al instante. Un libro huérfano lo vuelve posible; por eso sigue acopiando libros quien ya tiene miles.

S. solo tomaba breves notas en los intersticios de los índices onomásticos de los libros que leía. En las páginas de cortesía de los libros ajenos encontraba su inspiración; horizonte sin fin del final de un libro.

Su compulsión por incrementar su acervo de valijas, bolsos y mochilas, estaba directamente relacionada con el traslado diario de libros.

De los hermanos que leían los mismos libros, con quienes S. conversó en una única ocasión, había uno que quería leerlos *antes* y otro que prefería leerlos *después*.

Primero pensó que había lecturas que por los motivos más diversos, y aun absurdos, no podía develar. Después S. casi se convence de que una lectura solo puede revelarse si es por escrito (en su caso, en una carta); insistía en que comentar

una lectura al pasar, oralmente, equivale a denigrarla. Creía que el comentario general, entre conocidos o desconocidos, acerca de un libro, se efectúa para cerrarlo, para darlo rápidamente por concluido; según él, nadie ansía una conversación sobre un libro, se perdió el ejercicio, como un idioma ya desaparecido, sin hablantes nativos. Simplemente se realiza el simulacro para autentificar la presencia de un lector, su condición de lector.

Un conocido de S. decía que no quería leer libros viejos de noche, no quería tocar ni olfatear “el tiempo” a partir de cierta hora.

Se preguntaba S. para qué leer una cosa antes que otra, si sería por miedo a morir antes de leer lo que naturalmente hubiera llegado después, o para haber leído ese libro antes de desaparecer (como si sirviera para *después*). El orden de las lecturas delataba la relación que establecía con la hipotética edad final prometida.

En una ocasión, le puso a un perro el nombre de un perro que se había perdido en un cuento de von Doderer, como si S. finalmente lo hubiera encontrado, setenta años tarde.

Cada vez que era necesario, explicaba que un lector no puede revelar qué escritor está frecuentando y estudiando, especialmente en un período determinado. No puede poner en riesgo ese momento.



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA